

Los domingos, pasteles

A las multinacionales les gusta elegir al empleado del mes o de la semana. En el periodismo, cualquiera puede ser el mejor periodista durante un día si en esa jornada consigue la mejor historia, si entrevista al personaje que todos buscan o al que nadie espera, si aporta el dato preciso u opina algo a lo que muchos más se adhieren por la fuerza de la razón o de la risa.

El día es importante en el periódico, para el que lo escribe y para el que lo lee. Para mí, como lector, el día de Manuel Noval Moro es el domingo. Soy de los que odian los domingos pero también de los que identifican el séptimo día con pasteles. Por lo primero y por lo segundo, los domingos leo más periódicos. Un domingo, después de la columna de lectura fija de Manuel Vicent y de la columna de lectura fija de Juan José Millás descubrí la columna del debutante Manuel Noval Moro y la convertí en lectura fija, saliera cuando saliera. Como el columnista es soberano en su columna y el lector es un tirano sobre lo que lee (y lo

que no), hay domingos que me quedo con Siero y Manuel Noval antes que con Grecia y Manuel Vicent.

Como lector no distingo ninguna liga ni priorizo ningún lugar. Leo la buena historia suceda en Navia o en Escandinavia y compro por igual a Isidora en la Flor de Grado que a Isidoro en El Corte Inglés, según quien lo tenga más fresco y a qué precio. En medio del mercado de noticias, entrevistas, informes y reportajes de la oferta dominical, en páginas de papel de periódico, de papel mejorado, de color salmón o de revista de colorines, siempre asomo al puesto de Manuel Noval, a ver qué trae. Y si sale cualquier otra jornada, también, porque si está es día de mercado.

Aunque el gusto es subjetivo, hasta ahí podíamos llegar, en las columnas de Manuel Noval Moro —que arrancan inmediatamente, se leen solas y acaban en el final— hay cualidades objetivas como el estilo directo, el sabor clásico, la limpieza argumental, el tono medido, la distancia justa y la gracia certera. Tienen citas y referencias culturales atinadas —de las que nos ayudan a entender bien y rápido— porque Manuel Noval Moro usa y disfruta las frases estén impresas en un libro, escritas en una pared o saliendo de la boca de un amigo, de un vecino o de un célebre y las reconoce merced a un oído que le viene de casa y que ha sabido aplicar, desde el primer día, con naturalidad y seguridad intimidantes a la escritura breve en los periódicos.

En las páginas siguientes —solas, encuadernadas y para ser leídas cualquier día de la semana— las columnas de Manuel Noval Moro se siguen teniendo en pie sin que les haya afectado el paso del tiempo que contienen.

Javier Cuervo